

José Subirats Monllao
Administrador

REDACCIÓN — ADMINISTRACIÓN
Carmen, 3

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

DOS REALES AL MES EN TODA ESPAÑA

LIBERTAD

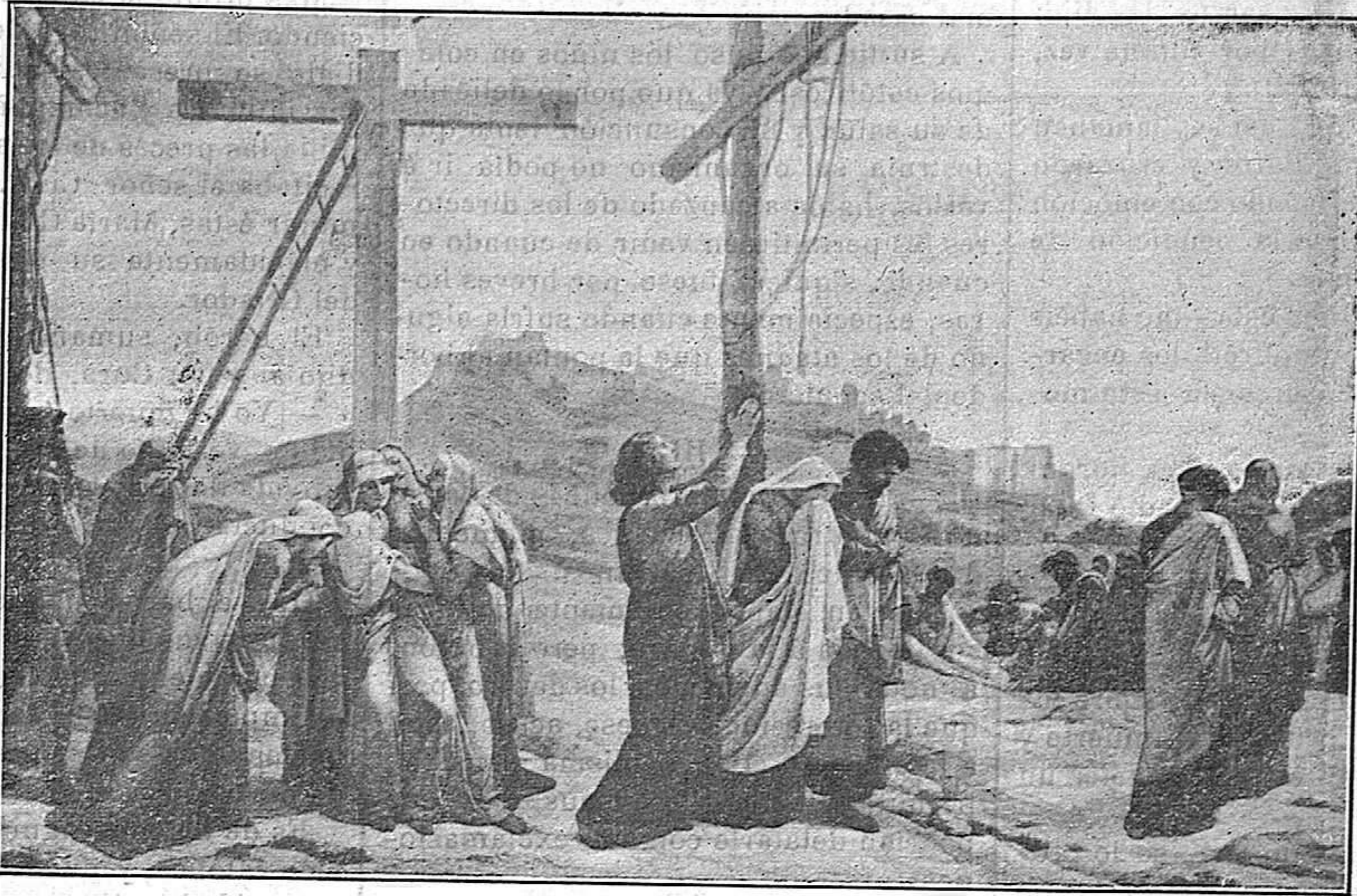
PERIÓDICO REGIONALISTA

Ramón Vergès Pauli
Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ANUNCIOS Y RECLAMOS
A PRECIOS CONVENCIONALES

SEMANA SANTA



ENTIERRO DE CRISTO

Cristo y la Cruz

Murió en la cruz como se hacía morir a los facinerosos y criminales vulgares de su tiempo, y desde entonces acá ha venido a ser la cruz el símbolo de las reacciones humanas, la esperanza de los que sufren persecución por la justicia, de los que abnegados renuncian pompas mundanas, de los que desinteresadamente se sacrifican por el prójimo, de todo hombre, en fin, que soporta con resignación las miserias, vejámenes y contrariedades de este mísero mundo...

La cruz al recibir en sus brazos los del mismo Hijo de Dios, se dignificó y dejó de ser lo que era para convertirse en la representación del sacrificio del Verbo hecho carne y en el ideal de la humanidad.

Y no obstante, con ser la cruz el símbolo más elevado, la esperanza más firme, el ideal más sublime y desinteresado de todos cuantos puede concebir la mente humana, las generaciones presentes pugnan por desasirse de ella como de algo molesto y perjudicial a la misma vida de la sociedad, y atrévense a rechazarla y a desplegar sacrilegos labios, para burlarse con osadía inaudita de la doctrina de Cristo, considerándola como algo contrario al espíritu de los tiempos modernos, como algo tan despreciable y ruín que ni tan siquiera mereciera los honores de haber nacido.

Preguntemos a los que sañudamente persiguen la doctrina de la cruz, qué fundamento tiene su persecución. Si son intelectuales, quizá nos citarán a Voltaire y a Renán y respondiéndonos con la ironía descarnada y sangrienta del primero y con la impiedad del segundo, se darán por satisfechos; intentemos ahondar un poco en el corazón de las muchedumbres descarriadas, que bien pronto encontraremos la causa por la que ellas detestan de la más excelsa de las doctrinas; con seguridad encontraremos entre estas muchedumbres, individuos que han sido pervertidos por propagandas sectarias vestidas ó no con el ropaje de una falsa ciencia, individuos en cuyos corazones no anidan ya sentimientos generosos, porque se los robaron ó porque sus padres tampoco los tuvieron, seres desprovistos de toda noción de aquello que ellos mismos desprecian.

«Pero sabremos las verdaderas causas de esta persecución?» escuchad: la sober-

bia humana, la ignorancia misma y las concupiscencias.

El hombre soberbio dice: Yo no creo en tal cosa porque mi razón no puede explicarme el enigma en que se halla envuelta; y así porque su razón no alcanza a explicarle la existencia de un Ser omnipotente é infinito, de un Dios creador y conservador de todas las cosas, niega él rotundamente la existencia de este Dios tan sólo por repugnarle á su razón; pero observad, observad atentamente y veréis como este individuo que tanto señorea á su razón, huyendo de lo que ella no le explica, es víctima de la misma al creer que la materia es eterna, y siendo para él el mundo en que vive producto de la materia, ha de suponer en ésta una evolución que implica por tanto movimiento, y como la materia es por sí inerte, este movimiento debe de obedecer á un motor inicial que él desconoce, que él ignora, pero que niega sea Dios aunque para ello sea necesario creer en dos absurdos: uno metafísico, la eternidad de la materia; otro de orden natural ó físico, que la materia lleve en sí el movimiento. ¡Triste condición la de la naturaleza humana! ¡Eterna contradicción!

El hombre ignorante dice: Yo no creo en la religión de Cristo porque ella es una de tantas religiones como profesan los hombres y han profesado los pueblos. La superstición religiosa es innata al hombre; éste siente una necesidad imperiosa que le impele á buscar la explicación de todo cuanto le rodea, de todo aquello que le maravilla y le causa extrañeza y que no acierta á explicar por medio de su razón, y así nada tiene de extraño que el hombre, desde los primitivos tiempos, fuera supersticioso y adorase unas veces al sol y á las aguas, otras á los bueyes y carneros, otras al fuego y al aire y que idease monstruos y les levantara templos; todo ello es producto de la fantasía y su causa lo ignoto. Esto es lo que dicen aquellos que mostrando un poco de erudición histórica, desconocen sin embargo la naturaleza de la religión cristiana y la constitución y origen de su misma Iglesia. Otras ovejas descarriadas del rebaño del Pastor dicen: yo no soy cristiano porque soy libre; la Iglesia quiere sujetarme á su yugo y yo he abierto los ojos á tiempo, ya no hay esclavos y todos somos iguales. Y ellos en su supina ignorancia desconocen aquellas palabras de Cristo: «Ya no hay libres ni esclavos, griegos ni ro-

manos, todos somos hermanos y uno solo es nuestro Padre que está en los cielos.»

El hombre concupiscente dice: Yo no amo la religión de Cristo porque me prescribe practicar virtudes imposibles de cumplir; ella tiene una moral rígida, severa é inflexible, cuyos fines precisamente el desconocimiento de la misma naturaleza humana, cuyos actos internos trata de regular; por eso yo no la amo, por eso á mí no me es simpática ya que la considero como anti-natural: ella manda guardar continencia á los hombres y la naturaleza se rebela contra ello: ella con Jesucristo une indisolublemente á un varón y á una mujer, cuando la razón y las conveniencias condenan esta unión y proclaman la libertad del amor sin trabas que lo impidan ni reglas que lo regulen. Y yo, amante de la Naturaleza, no puedo menos que proclamar su imperio.

He aquí, pues, las exclamaciones del concupiscente, que á falta de otras razones, le debiera mover á pensar en sentido contrario la idea del mismo Dios, que como tal no puede imponer al hombre lo que fuese superior á las mismas fuerzas humanas si no hubiera por otra parte el deber del propio sacrificio que Dios le impuso para que se hiciese digno de la bienaventuranza eterna.

¡Hombres soberbios! No nos sintamos panteístas porque el Dios de verdad es uno.

¡Hombres ignorantes! Depongamos por un momento nuestra actitud belicosa frente de lo que desconocemos, para ilustrar nuestra inteligencia y hallar la posesión de la verdad, porque la verdad existe, aunque la verdad sea una.

¡Hombres dominados por las iras de la concupiscencia! Dominemos nuestras voluntades, saneemos y purifiquemos nuestros corazones y hagamos que impere sobre nosotros el bello sol de la razón.

No, no temamos, hagamos todo esto y acudamos estos días de pasión á la Casa del Señor y no dudemos que la doctrina de la cruz se nos aparecerá con toda su magnificencia y esplendor, con toda su sublimidad y hermosura é impregnada de ternuras como la vida de Aquel que constantemente decía: «Amaos los unos á los otros» y que su postrer aliento fué de perdón para sus mismos enemigos. «Perdonadlos, Padre mío, porque no saben lo que se hacen.»

Barcelona Marzo de 1910.

M. BAU.

JESÚS

I
En verdad os digo....

*Del Maestro la cálida palabra,
acento es de Bondad y de Justicia;
es en el alma como una caricia,
que otras regiones inmortales abra.*

*Explica la parábola del trigo;
entre el barbecho la cizaña brota.
Paz inefable en el Silencio flota
cuando se escucha el «En verdad os digo...»*

*Todos atienden. En los corazones
son fértiles semillas las razones
que ofrecen al espíritu consuelo.*

*¡Feliz quien pueda en la Humildad
[seguirle!]
Es tan dulce su voz que por oírle
se para el Sol en el azul del cielo.*

II

Ten fe....

*La muchedumbre por oír se afana,
consejos y sentencias de su boca;
el que está enfermo y á su manto toca,
dichoso, al punto la dolencia sana.*

*Uno le besa el borde de la túnica,
viendo el milagro, de sorpresa lleno
pregunta: «¿Dí, quién eres, nazareno?»
El responde: «Soy Dios, la Verdad única.»*

*Llegan al mar que embravecido ruga.
De Pedro, el barco, á los vaivenes cruza.
Rasgan el cielo vividas centellas.*

*«Ten fe» dice Jesús, y mientras tanto,
viendo en los pescadores el espanto,
calma las olas al andar por ellas.*

III

Todo se ha cumplido.

*Caminando hacia el Gólgota padece
el Justo que jamás cometi6 falta;
cuando la sangre de su frente salta,
rojo clavel donde cayó florece.*

*El peso de la Cruz la espalda curva,
tiembla en los pasos la rendida pierna;
sólo le sigue en la agonía eterna,
el gritar insolente de la turba....*

*Se oye después un martillo ronco,
clavan sus manos y sus pies al tronco....
El Redentor no exhala ni un gemido.*

*El templo rasga en dos el alto velo,
tiembla la Tierra, se oscurece el Cielo....
Ha muerto el Hombre. «Todo se ha cum-
plido»*

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

Madrid, Marzo 1910.

La constitución de JESUCRISTO

El mundo yacía en las tinieblas del error. Las pasiones encadenaban al hombre ejerciendo sobre él una verdadera tiranía. Cansado de gemir el *paria*, clamaba libertad; el *ilota* justicia; el esclavo romano reconocimiento de su personalidad. En el oscuro gineceo de la *domus* lloraba la mujer su misión desdichada y triste. El sacrificio y culto á los lares, la suma magistratura, la teoría de la propiedad una é ilimitada hicieron del padre, primero, del César, después, una persona investida de la plenitud del poder, gozando todos los derechos de la soberanía, sin moderaciones ni deberes de ninguna clase que delimitaran su *potestas*.

Uno y otro confundían en sus manos el poder civil y el religioso, encarnando así el despotismo más opresor.... Hasta

en el templo del Señor los fariseos y publicanos transgredían la ley divina para seguir las absurdas tradiciones de su secta. ¡Malvada hipocresía! ¡Irracional absolutismo!

Urgía el sacrificio. Precisaba el Verbo de Dios, inundando con su palabra el corazón escéptico del hombre, que al abismarse en los vicios se había alejado por completo de El. Imponíase una constitución que borrara del mundo tanta ignominia y tanta miseria, una constitución que, como dice Balmes, pudiera estar escrita en una moneda, en una simple y pequeña moneda. Con una sola palabra bastaba. Ella sería tan fuerte, tan vigorosa, tan excelente que anularía las fronteras, calmaría las luchas fratricidas, aunaría los corazones y las almas sin diferencias ni exclusivismos de casta, excitaría los mayores sacrificios por la causa santa del bien.... La humanidad hasta entonces no la conocía. Ni se preocupaba de ella. Y, sin embargo, ella sola, escrita en el corazón, en el propio centro de la vida anímica, había de ser capaz de revolucionar los mundos, cambiando la faz de las sociedades paganas. Una palabra, una constitución brevísima que podrían comprender todos y cada uno de los hombres, sin tener que abismar su memoria en códigos y apéndices. Era ella el amor. «Amaos los unos á los otros, como yo os he amado», dice Jesucristo en persona. «Dios es amor; quien vive en caridad, vive en Dios». «El que no ama, ya está muerto» exclama el mismo por boca de San Juan.

En esta constitución se inspira el Cristianismo, que á partir de la era apostólica, llena ya el mundo de celestiales aromas, y levanta los espíritus, enseñándoles el verdadero camino de la paz y de la civilización. No hay miseria que redimir donde él no se encuentre. No hay mal que consolar donde él no se halle. Y así, cayeron rotos los ídolos ante sus aras; y las fieras más salvajes se rinden á sus dulzuras. Las multitudes y turbas que un día crucificaron á Jesús, se entusiasman y siguen como corderos sus doctrinas; y verdugos hay que se convierten en sus más acérrimos defensores.

¿Y cómo no, si Cristo fué el amigo de las turbas, su maestro, su médico, su pastor, su padre, su universal consolador? Oídle. «Se me enternecen las entrañas al ver las turbas que andan descarriadas como ovejas sin pastor. ¡Jerusalén! ¡Cuántas veces he querido reunirte como la gallina reúne á los polluelos bajo sus alas! Venid á Mí todos los que estáis cansados y padecéis, que yo os consolaré».

Amor sublime, amor divino, que confirmado por los hechos, todavía repiten sus labios—¡oh admirable constancia!—en el último trance del sacrificio.—«Juan, he ahí á tu Madre»—sellando así aquella constitución divina, fraternal, fuente y principio inmanente de todas las libertades y garantías cívicas.

¡Ah, si se restaurara su imperio sobre el mundo! ¡Ah, si ella presidiera todos los actos humanos, y su nombre fuera grabado en el frontispicio del Palacio de las leyes!—La paz y el orden reinaran en las conciencias y el espíritu del mal huyera de la tierra para refugiarse en sus antros.

A. ULLDEMOLINS QUERALT.
Alcanar, 1910.

Clinica MESTRE Dental

ENFERMEDADES DE LA BOCA
EXTRACCIONES SIN DOLOR
DENTADURAS ARTIFICIALES
Den Carbó, 3, Pral.—Teléfono n.º 24

Nuestros colaboradores



ENRIQUE GELÓN MONLLAO

No ha muchos días (quizá el domingo por la tarde) preguntábase un sujeto de inteligencia mediocre: ¿Qué es, qué significación tiene el periódico LIBERTAD?

Un hombre del pueblo, tortosino hasta la médula de los huesos, lee LIBERTAD, le gusta y la envía a un su amigo y paisano que reside muy lejos de su patria nativa, en la progresiva y floreciente república del Plata.

«Te mando un periódico de los nuestros. No dirás que me olvido de ti. Cuando sientas la nostalgia de tu patria, despliega ese periódico como si fuera la bandera tortosina. Será un bálsamo para las ansias de tu corazón.»

Enrique Gelón Monllao, el humilde obrero que abandona los patrios lares en busca de trabajo, recibe un número y otro número de LIBERTAD, entusiasmase con ella, no por lo que vale ó deja de valer, sino por el *sabor de la tierra* que paladea en todas sus páginas, sabor del pan candéal recogido en la heredad paterna, sabor que tiene la dulzura de rancias tradiciones, de poéticas leyendas, de amores patrióticos que hacen buenos estos versos:

*La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.*

Y Gelón, dedicado á la noble carrera de las armas, muy ajeno de pensar que la esgrima militar pudiera compaginarsé con el ejercicio de la pluma, con la profesión de periodista, coge el semanario que viene de luengas tierras, se empapa de su lectura, percibe una fragancia que le recuerda los verjeles tortosinos, ve surgir en su memoria la visión adorada de un río que se llama el Ebro, de una Catedral que encierra la reliquia de la Cinta, de unas montañas en cuyas crestas se dibujan las ermitas del Coll del Alba y Mitán Camí, y exclama con la convicción de Corregio: ¡*Anche io sono pittore!* Yo también amo á la ciudad de Tortosa, yo también quiero unir mi voz á la de escrivadores románticos que cantan las glorias de mi tierra al pie de un castillo secular que se llama la Zuda. Y robaré horas á mi descanso para escribir desde esta virgen América, estableciendo con mi patria chica una doble corriente de afectos que la distancia aviva, de santos amores regionales que sólo la muerte puede extinguir.

Y este es el triunfo de LIBERTAD, que

nos llena de legítimo orgullo, compensándonos de hondas amarguras, de ese sedimento social que el que lucha por una noble causa encuentra en los realismos de la vida; sedimento que, haciéndonos superiores á tantas miserias, lo aprovechamos para dar más lozanía á las flores de nuestros santos ideales.

¡LIBERTAD es el periódico más tortosino que se ha escrito! No lo decimos nosotros; lo afirmáis vosotros, lectores sin prejuicios ni odios de bandera, y nosotros, con inmodestia si se quiere, pero sin átomo de vanidad, recogemos ese fallo de la opinión para grabarlo con letras de oro como lema de nuestra bandera.

¿Se ha enterado ese sujeto de inteligencia mediocre, que oficia—exponiéndose á las quiebras consigüientes—de curioso impertinente?

Ya conocéis á Enrique Gelón. Es nuestro compañero en el sacerdocio del periodismo. Es nuestro hermano en la familia que formamos la redacción de LIBERTAD.

En sus escritos podrá haber cierto desaliño, del que no está exento ningún principiante, pero Gelón, por sus raciocinios, por su talento, por su amor á lo bello y á lo bueno, es un literato, es un hijo que honra á Tortosa.

Sub-oficial del ejército argentino, quiso servir como soldado en el de su madre Patria, cuando la guerra de Melilla.

Estos rasgos constituyen su mejor biografía. Y cuanto más escuetos se expongan, tanto más resaltará la personalidad de nuestro colaborador y corresponsal en Buenos Aires.

V.

UNA VICTORIA PÓSTUMA

I

El coche rodaba por las calles más céntricas con vertiginosa rapidez. Los transeuntes, espantados, dirigían terribles miradas al cocho, que á su vez las devolvía á los transeuntes no menos furiosos.

Dentro del coche iban un niño y una niña menores de diez años, que no manifestaban alarma ni temor. ¿Estaban, por ventura, acostumbrados á viajar de aquel modo?

Pronto se hallaron en las afueras, y el coche seguía volando por la carretera, sin detenerse en ninguna parte.

Después de una hora larga, llegaron á una quinta. El coche paró ante la

cancela de la verja de un jardín, que se abrió en aquel mismo instante, y el cochero ayudó á apearse á los niños. Una criada los recibió y ellos pasaron saltando alegres por el jardín y la escalera de mármol de la casa, y fueron conducidos á una sala adornada con elegancia y riqueza.

—Quiere verlos al punto—dijo un criado que salió de la pieza inmediata con el semblante abatido.

La criada empujó suavemente delante de sí á los niños hacia una alcoba.

Ellos así que vieron á su mamá que estaba en el lecho gravísimamente enferma, se abalanzaron á ella y cubrieron de besos su ajado rostro.

Pasados los primeros momentos de efusión, de cariño, la madre, con voz lánguida, pero con faz serena les dijo:

—Voy á bendeciros por última vez, hijos míos; arrodillaos....

Pilar y Andrés, que así se llamaban los niños, se arrodillaron y cruzaron sus manecitas, recibiendo con emoción impropia de su edad la bendición de su madre moribunda.

—Ahora—prosiguió ésta—me habéis de prometer que cumpliréis los encargos que quiero haceros en este momento solemne.

—Sí, mamá—dijeron los dos, llorando. Todo lo que V. quiera, añadió Pilar que era la mayor.

—Pues bien: os pido por Jesucristo Nuestro Señor, que va á venir á mi pecho, que seáis siempre muy buenos cristianos, que améis á Dios sobre todas las cosas, y prefiráis la muerte y todos los males antes que cometer un pecado mortal.

—Yo seré bueno, mamá, se lo prometo, dijo Andresito.—¡Siempre, siempre! añadió Pilar entre sollozos.

—Otro encargo os quiero hacer, hijos míos; que améis muy de veras á vuestro padre, y que jamás le déis disgusto alguno, cualesquiera que sean los acontecimientos que sobrevengan.... ó de que lleguéis á tener noticia....

—Lo cumpliremos—dijeron los niños bebiéndose las lágrimas.

—¿No olvidaréis nunca mis encargos?—Nunca, nunca,—dijeron á la par.—Dios os lo premiará y yo desde el cielo os bendeciré.

Ahora retiraos á descansar y que os den la merienda....

Los niños se retiraron enjugando las lágrimas de sus frescas mejillas, y por largo rato se mostraron conmovidos y tristes.

II

El barón de Quintana era un hombre de corazón blando y pasiones vehementes.

En su juventud se dejó arrebatarse del torbellino de las diversiones mundanas, y rodó como tantos jóvenes al abismo de la inmoralidad y de los errores.

Pretendió la mano de la rica y virtuosa joven María Cinta Mireles.

La familia de ésta se oponía al enlace en vista de la conducta desarreglada del pretendiente; pero la joven, ilusionada por sus calurosas protestas de amor y de someterse á todos sus deseos y menores caprichos, instó y suplicó con tenacidad digna de mejor causa, hasta arrancar el consentimiento de sus padres.

—El se convertirá—decía y hará todo lo que yo le diga. Me ha prometido dejar esa vida para siempre y acompañarme á la iglesia....

—Mucho, sí, todo lo habrá prometido—le replicaban;—pero del dicho al hecho.... ¡Ya lo verás!

Y, en efecto, lo vió. Pasada en viajes y más viajes la luna de miel, al tornar al nido del hogar doméstico, y al querer María Cinta normalizar las ocupaciones de entrambos, se halló aislada, desatendida.... casi olvidada.

Ya se pueden suponer las quejas, las lágrimas, las suplicas de María Cinta, y las iras, los choques y las violencias del barón.

A pesar de haber tenido por fruto de bendición una niña y un niño hermosísimos, no consiguió la buena esposa cautivar la voluntad de su marido, has-

ta el punto de apartarlo de sus deberes y atraerlo al cumplimiento de sus deberes.

Por el contrario, aun no habían pasado tres años de su matrimonio, cuando el barón se separó de ella y de sus hijos, y pocos meses después se trasladó á otra población, donde, arruinado ya por sus vicios, trató de establecer una casa banca....

María Cinta fué perdiendo con el buen humor la salud.

Llena de melancolía y afectada de nuevas pesadumbres que le ocasionaban las noticias de los escándalos del barón, se retiró á la quinta en que la hemos encontrado, herida de sus padres, que fallecieron por entonces, llevando al sepulcro el dolor de verla mal casada.

A su tiempo puso los niños en colejos católicos, y ya que por lo delicado de su salud y la consunción lenta que destruía su organismo no podía ir á verlos, había alcanzado de los directores les permitiesen venir de cuando en cuando, siquiera fuese por breves horas, especialmente cuando sufría alguno de los ataques que la ponían al borde del sepulcro.

III

—¡El barón, el barón!—decíanse unos á otros los criados, momentos después de llegar los niños.

Querían imprudentemente notificar su llegada á la señora; pero el barón, al notar sus ademanes, los detuvo, porque la impresión no fuese, acaso, fatal á la enferma. Por la misma causa no permitió que le viesen sus hijos, que podrían delatarle con sus exclamaciones.

Pero estuvo escuchando y presenciando detrás de un biombo la sublime escena de la bendición y encargos de la moribunda á favor suyo.... Y á poco, el Viático y la Extremaunción, que recibió la moribunda con singulares

muestras de fervor y devoción extraordinaria.

Todo esto enterneció profundamente su corazón, le transformó enteramente y determinó su conversión por completo.

Habiendo llegado después el médico, y encontrando á María Cinta algo más aliviada, indicó el barón que se preparase la entrevista.

Sus palabras se redujeron á pedirle perdón, con sollozos y entrecortados suspiros, y á prometerle una enmienda y una reparación absoluta.

Grande alegría manifestó la enferma en su semblante, y aun pareció reanimarse notablemente. Fueron llamados los niños, que abrazaron á su padre con transportes de júbilo.

Mas pronto la enferma fué desfalleciendo. El señor Cura del pueblo inmediato se presentó; vinieron los de la servidumbre y acompañaron con la familia las preces de los agonizantes que recitaba el señor Cura. Antes de terminar éstas, María Cinta exhaló suave y plácidamente su espíritu en manos del Criador.

El barón, sumamente consternado, dijo al señor Cura, delante de todos:

—¡Yo he muerto á esta santa! ¡Yo he sido el verdugo de esta mártir!... ¡Toda mi vida llevaré el remordimiento de mi conducta indigna y desatentada!

IV

Hoy el barón habita en la ciudad cerca de sus hijos, por cuya educación vela como el más solícito de los padres.

Emplea su tiempo en administrar la hacienda de sus pequeños, y en obras de devoción y celo fervoroso.

Es de los más significados en la acción católica, y muchos favorecidos por su caridad le llaman ya «Padre de los pobres». No olvida á su difunta esposa y considera su conversión y actual conducta á una *victoria póstuma* de aquella pobre mártir.

ENRIQUE GELÓN MONLLAO.

GRANDIOSO MITÍN

El despertar de un pueblo

El acto celebrado el último domingo en el amplio recinto del Teatro Balear, resultó, como no podía menos de resultar, una manifestación imponente del sentimiento católico de Tortosa, y una muestra harto elocuente de la presteza y entusiasmo con que, prescindiendo de filiación política y de antagonismos personales, sabemos agruparnos bajo la augusta bandera de las tradiciones españolas, siempre que peligren principios fundamentales de nuestro credo, cual es la enseñanza religiosa.

Había que unir nuestra voz de protesta á la de tantos pueblos y ciudades de España; había que exteriorizar en una magna asamblea el grito de indignación surgido contra la reapertura de las escuelas laicas, y allí fué todo el pueblo tortosino, y allí fueron representaciones de toda la comarca, y allí fuimos nosotros para adherirnos en cuerpo y alma y para ser testigos de que aquel acto que prometía revestir tanto lucimiento y adquirir tanta resonancia.

Y en verdad que no nos engañó nuestro corazón; no exageraba, no, nuestra fantasía al dar por descontado el éxito de la iniciativa.

Todas las localidades, todas, estaban ocupadas, llenas literalmente. Las butacas y los pascos convertidos en apiñados ramos de esas flores de nuestra tierra que se llaman las mujeres tortosinas. Los pasillos intransitables de tanta aglomeración de gente. El paraíso lleno de una compacta muchedumbre que se inclinaba con la generosa impaciencia de ver traducidos en valientes conceptos y elocuentes arranques al sentir de sus corazones.

En el escenario, los oradores, la comisión organizadora y nutridas repre-

sentaciones de las entidades más caracterizadas de la localidad y de los pueblos de la comarca.

Y dió comienzo el acto con la lectura de adhesiones; siendo la primera una preciadísima de S. S. el Papa Pío X, en la cual por conducto de su secretario el cardenal Merry del Val enviaba su bendición á la asamblea, y otras de varios ilustres mitrados, del señor Felíu, jefe del partido carlista, del Duque de Solferino y otras no menos valiosas.

Entonces los oradores se irguieron sobre la tribuna y levantaron su voz elocuente en defensa de la enseñanza religiosa, exponiendo los gravísimos males que amenazan al hogar y á la patria, á la sociedad y á la familia, si nuestra apatía, ó nuestra indecisión permite la reapertura de esos centros de disolución social que se llaman escuelas neutras.

Y aquellas palabras vibrantes ó sugestivas, pero siempre francas y sentidas, caldearon el ambiente con sus ondas de luz y penetraron en los corazones de todo el auditorio, que con sus aplausos, con sus inclinaciones de cabeza y con expresivos monosílabos denotaban la firme convicción de sus ideales.

Todos los oradores estuvieron oportunos y elocuentes en sus peroraciones, todos pusieron el dedo en la llaga, pero el Sr. Simó se mostró tan admirable que conmovió, fascinó y arrebató á los oyentes. Aun recordamos una de sus frases más brillantes:—En un principio me propuse—decía—traer de los jardines del Turia las más bellas flores para ofrecerlas á la mujer tortosina, pero mejor aconsejado les ofrezco una flor espiritual, que no se marchitará.

